

TÉCNICAS DE GOLPE DE ESTADO



**Curzio
Malaparte**

Ariel

TÉCNICAS DE GOLPE DE ESTADO

**Curzio
Malaparte**

Ariel

Título original: *Tecnica del colpo di Stato*

1.ª edición: marzo de 2009
1.ª edición en editorial Ariel: abril de 2017

© Eredi Curzio Malaparte, Italy

© 2009, de la traducción, Vítora Guevara, 2009

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:

© 2017: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona

Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.

www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2565-1

Depósito legal: B. 2.880 - 2017

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

I

Si bien me propongo mostrar cómo se conquista un Estado moderno y cómo se defiende, no puede decirse que este libro quiera ser una imitación de *El Príncipe* de Maquiavelo, ni siquiera una imitación moderna, es decir, poco maquiavélica. El momento al que se refieren los temas, los ejemplos, los juicios y la moral de *El Príncipe* eran de una decadencia tal de la libertad pública y privada, de la dignidad del ciudadano y del respeto humano, que sería ofender al lector, un hombre libre, tomar como modelo la famosa obra de Maquiavelo para tratar algunos de los problemas más importantes que nos plantea la Europa moderna.

La historia política de estos diez últimos años no es la de la aplicación del Tratado de Versalles, ni la de las consecuencias económicas de la guerra, ni la del esfuerzo de los gobiernos para asegurar la paz europea, sino que es la historia de la lucha entablada entre los defensores del principio de la libertad y de la democracia, es decir, los defensores del Estado parlamentario, y sus adversarios. Las actitudes de los partidos no son otra cosa

que los aspectos políticos de esa lucha y como tales deben ser considerados si se quiere comprender el significado de muchos acontecimientos de los últimos años y prever el desarrollo de la actual situación interna de algunos Estados europeos.

En casi todos los países, al lado de los partidos que se declaran defensores del Estado parlamentario y partidarios de una política de equilibrio interior, es decir, liberal y democrática (los conservadores de todo tipo, desde los liberales de derechas hasta los socialistas de izquierda), hay partidos que plantean el problema del Estado en el terreno revolucionario: son los partidos de extrema derecha y de extrema izquierda, los «catilinaros», es decir, los fascistas y los comunistas. Los catilinaros de derechas temen el peligro del desorden: acusan al gobierno de debilidad, de incapacidad y de irresponsabilidad; defienden la necesidad de una férrea organización estatal y de un control severo de toda la vida política, social, económica. Son los idólatras del Estado, los partidarios del absolutismo estatal. En un Estado centralizador, autoritario, antiliberal y antidemocrático es donde ven la única garantía de orden y de libertad, la única defensa contra el peligro comunista. «Todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado», afirma Mussolini. Los catilinaros de izquierdas pretenden la conquista del Estado para instaurar la dictadura del proletariado. «Allí donde hay libertad, no hay Estado», afirma Lenin.

El ejemplo de Mussolini y de Lenin influye conside-

rablemente en el desarrollo de la lucha entre los catilnarios de derecha y de izquierda, y los defensores del Estado liberal y democrático. Existen, sin duda, una táctica fascista y una táctica comunista. Sin embargo, conviene hacer notar que, hasta ahora, ni los catilnarios ni los defensores del Estado parecen saber en qué consisten la una y la otra, si existen analogías entre ellas o cuáles son sus características propias. La táctica de Bela Kun no tiene nada en común con la táctica bolchevique. El intento revolucionario de Kapp no es más que una sedición militar. Los golpes de Primo de Rivera y de Pilsudski parecen haber sido concebidos y ejecutados de acuerdo con las reglas de una táctica tradicional que no se parece en nada a la táctica fascista. Bela Kun puede parecer un táctico más moderno, más técnico y, por eso, más peligroso que los otros tres; pero incluso él, al plantearse el problema de la conquista del Estado, demuestra desconocer la existencia, no sólo de una táctica insurreccional moderna, sino también de una técnica moderna del golpe de Estado. Bela Kun cree imitar a Trotsky y no se da cuenta de que se ha limitado a seguir las reglas establecidas por Marx según el ejemplo de la Comuna de París de 1871. Kapp cree poder repetir el golpe del 18 de Brumario contra la Asamblea de Weimar. Primo de Rivera y Pilsudski creen que para apoderarse de un Estado moderno basta con derrocar con las armas un gobierno constitucional.

Es evidente que ni los gobiernos ni los catilnarios se han planteado aún la cuestión de saber si hay una

técnica moderna del golpe de Estado y cuáles pueden ser sus reglas fundamentales. A la táctica revolucionaria de los catilinarios, los gobiernos siguen oponiendo una táctica defensiva que revela una ignorancia absoluta de los principios elementales del arte de conquistar y de defender el Estado moderno. Sólo Bauer, canciller del Reich en marzo de 1920, ha dado muestras de haber entendido que para poder defender el Estado hace falta conocer el arte de apoderarse de él.

Contra el intento revolucionario de Kapp, el canciller Bauer, hombre de cualidades mediocres, educado en la escuela marxista pero, en el fondo, conservador como cualquier buen alemán de clase media, no dudó en emplear el arma de la huelga general. Fue el primero en aplicar, en defensa del Estado, la regla fundamental de la táctica comunista. El arte de defender el Estado moderno está regulado por los mismos principios que regulan el arte de conquistarlo: es lo que podría denominarse la fórmula de Bauer. Obviamente, la concepción del honesto canciller del Reich no es la de Fouché. En su fórmula queda implícita la condena de los sistemas clásicos de policía, a los que recurren los gobiernos ante cualquier circunstancia y contra cualquier peligro, sin distinguir entre un tumulto en un suburbio o una revuelta en un cuartel, entre una huelga y una revolución, entre una conjura parlamentaria y una barricada. Es bien conocida la apología que hacía Fouché de sus sis-

temas, con los que afirmaba poder provocar, prevenir o reprimir desórdenes de todo tipo. Pero ¿de qué servirían hoy en día los sistemas de Fouché frente a las tácticas de los comunistas y los fascistas?

Sobre esto es curioso constatar que la táctica empleada por el gobierno del Reich para contener y sofocar la sedición hitleriana no es más que la aplicación pura y dura del sistema clásico de policía. Para justificar la política del gobierno del Reich frente a Hitler en Alemania se dice que Bauer contra Hitler no sería lo mismo que Bauer contra Kapp. Es cierto que hay una enorme diferencia entre la táctica de Kapp y la de Hitler; pero el mejor juez de la actual situación alemana es Bauer. Su fórmula se revela, cada día más, como la única capaz de medir la inutilidad de la táctica seguida por el gobierno para proteger al Reich de cualquier peligro.

«Pero ¿existe un peligro hitleriano?», se preguntan los defensores del Reich, y concluyen con la afirmación de que sólo existe un peligro en Alemania y en Europa, y es el peligro comunista. Bauer podría objetar que el gobierno del Reich, contra la amenaza comunista, sigue la misma táctica que adoptó para enfrentarse a la sedición hitleriana, que consiste en la aplicación de los clásicos sistemas policiales. Y aquí volvemos a la fórmula de Bauer. Para defender al Estado de un intento revolucionario fascista o comunista hay que emplear una táctica defensiva basada en los mismos principios que regulan la táctica fascista o la comunista. En otras palabras, a un Trotsky hay que oponerle un Trotsky, no

un Kerenski, es decir, los sistemas policiales. Kerenski no es más que un Fouché democrático y liberal con alguna idea marxista, un Fouché al estilo del gabinete Waldeck-Rousseau, y al estilo Millerand, en la Francia de 1899. No hay que olvidar que un Kerenski también tiene hoy el poder en Alemania: a Hitler hay que oponerle un Hitler. Para defenderse de los comunistas y de los fascistas hay que combatirlos en su mismo terreno. La táctica que hubiese empleado Bauer el 18 de Brumario contra Bonaparte hubiese sido la de enfrentarse a él en su propio terreno: hubiera usado todos los medios legales e ilegales para obligar a Bonaparte a mantenerse en el terreno del procedimiento parlamentario, el elegido por Sieyès para ejecutar el golpe de Estado. A la táctica de Bonaparte, Bauer hubiese opuesto la táctica de Bonaparte.

Las actuales condiciones europeas ofrecen grandes probabilidades de éxito a las ambiciones de los catilenarios de derechas e izquierdas. La insuficiencia de las medidas previstas o adoptadas por los gobiernos para abortar una eventual tentativa revolucionaria es tan grave que el peligro de un golpe de Estado debe ser considerado seriamente en muchos países de Europa. La naturaleza particular del Estado moderno, la complejidad y la delicadeza de sus funciones, la gravedad de los problemas políticos, económicos y sociales que está llamado a resolver, lo convierten en el centro geométrico de

las debilidades y de las inquietudes del pueblo, con lo que aumentan las dificultades que debe superar para asegurar su defensa. El Estado moderno está más expuesto de lo que se cree al peligro revolucionario. Los gobiernos no saben defenderlo. Es una observación sin valor la de objetar que, si bien los gobiernos no saben defenderlo, los catilenarios demuestran en muchos casos que desconocen hasta los elementos esenciales de la técnica moderna del golpe de Estado. Porque, aunque es verdad que los catilenarios, en muchos casos, no han sabido hasta ahora sacar provecho de las circunstancias favorables para adueñarse del poder, no es menos cierto que este peligro existe.

La opinión pública de estos países, liberal y democrática, se equivoca al no preocuparse por la eventualidad de un golpe de Estado. Tal posibilidad, dadas las condiciones actuales en Europa, no es inviable en ningún país. Un Primo de Rivera o un Pilsudski no tendrían ninguna posibilidad de éxito en un país libre y organizado, ni por usar un término del siglo xvii y de significado muy moderno, en un Estado *policé*. El argumento es acertadísimo, pero es demasiado fácil y demasiado inglés. Porque nadie ha dicho que el peligro de un golpe de Estado tenga que llamarse necesariamente Primo de Rivera o Pilsudski. Entonces, ¿cuál es el problema al que se enfrentan todos los gobiernos de Europa?

Los políticos europeos pertenecen mayoritariamente a la familia de Cándido: su optimismo liberal y democrático los salva de cualquier sospecha y de cualquier

preocupación. Pero hay algunos, menos dados a los típicos prejuicios y dotados de una sensibilidad más moderna, que empiezan a darse cuenta de que los sistemas policiales clásicos no bastan para garantizar la seguridad del Estado. Durante un estudio que he llevado a cabo recientemente sobre la situación en Alemania, donde la polémica sobre la defensa del Reich es hoy más actual que nunca, he tenido ocasión de escuchar por parte de muchos una opinión de Stresemann sobre Hitler: «La táctica empleada por Cicerón contra Catilina no daría ningún resultado contra Hitler.» Está claro que Stresemann se planteaba el problema de la defensa del Reich en términos muy diferentes de los consagrados por la tradición estatal alemana. Se declaraba contrario a la táctica que domina aún la concepción de la defensa del Estado en la mayor parte de los países de Europa, es decir, la táctica fundamentada en el sistema policial, la táctica con la que Cicerón desmanteló la conjura de Catilina.

A propósito de la actual situación alemana, enseguida volveré sobre la actitud de Stresemann ante el intento revolucionario de Kapp en Berlín en 1920 y ante el de Kahr y Hitler en Múnich en 1923. La incertidumbre y la debilidad que demostró Stresemann en aquellas ocasiones reflejan fielmente las contradicciones que acosan al pueblo alemán frente al peligro de un golpe de Estado. En la Alemania de Weimar el problema del Estado no es sólo un problema de autoridad, es también un problema de libertad. Si los sistemas policiales se

demuestran insuficientes para garantizar la defensa del Reich ante una eventual tentativa comunista o hitleriana, ¿a qué medidas puede y debe recurrir el gobierno sin poner en peligro la libertad del pueblo alemán? Stresemann, en un discurso pronunciado el 23 de agosto de 1923 en una reunión entre industriales, declaró que no habría dudado en recurrir a medidas dictatoriales si las circunstancias lo hubiesen requerido. Pero, entre los sistemas policiales y las medidas dictatoriales, ¿no hay otros medios que garanticen la defensa del Reich? Éstos son los términos en los que se establece el problema alemán y son los mismos en los que se establece, en casi todos los países europeos, el problema de la defensa del Estado.

Las actuales circunstancias de Europa, y de la política de los gobiernos frente a los catilinarios, no pueden examinarse ni juzgarse según el espíritu y el método de Maquiavelo. El problema de la conquista y de la defensa del Estado moderno no es un problema político, sino técnico. Las circunstancias favorables para un golpe de Estado no son de naturaleza necesariamente política o social y no dependen de la situación general del país. La técnica revolucionaria empleada por Trotsky para hacerse con el poder en Petrogrado en octubre de 1917 daría los mismos resultados si se emplease en Suiza o en Holanda. «O en Inglaterra», añadía Trotsky. Estas afirmaciones únicamente parecerán absurdas o arbitrarias

a los que consideran el problema revolucionario como un problema exclusivamente político o social, y a los que, para juzgar las situaciones y los hechos actuales, se remiten a los ejemplos de la tradición revolucionaria ya superada, a Cromwell, al 18 de Brumario o a la Comuna de París.

En el verano de 1920, en Varsovia, durante una de las reuniones que celebraba casi a diario el cuerpo diplomático en la Nunciatura Apostólica para examinar la situación de Polonia, invadida por el Ejército Rojo de Trotsky y desgarrada por las luchas intestinas, tuve ocasión de escuchar un diálogo bastante encendido, una especie de disertación muy poco académica sobre la naturaleza y los peligros de las revoluciones que se entabló entre el embajador de Inglaterra, sir Horace Rumbold, y monseñor Ratti, el actual papa Pío XI, nuncio apostólico en Varsovia por aquel entonces. Fue una rara ocasión la de oír a un futuro papa defender las opiniones de Trotsky sobre el problema revolucionario moderno, contra un ministro inglés y en presencia de los representantes diplomáticos de las principales naciones del mundo. Sir Horace Rumbold declaraba que el desorden era extraordinario en toda Polonia, que de aquel desorden surgiría fatalmente cualquier día una revolución y que, por eso, el cuerpo diplomático debía abandonar Varsovia y refugiarse en Posen. Monseñor Ratti replicaba que, en efecto, el desorden era grande en todo el país, pero que la revolución no es nunca consecuencia necesaria del desorden y que por ello consideraba un

error abandonar la capital, tanto más cuanto la reubicación del cuerpo diplomático en Posen se interpretaría como una falta de confianza en el ejército polaco, y concluía que él no abandonaría Varsovia. En un país civilizado donde la organización del Estado es poderosa, replicaba el ministro de Inglaterra, el peligro de una revolución no existe. Por lo tanto, el desorden es el único origen de las revoluciones. Monseñor Ratti, que defendía sin darse cuenta la tesis de Trotsky, insistía en su afirmación de que la revolución es tan posible en un país civilizado, fuertemente organizado y *policé* como Inglaterra, como en un país presa de la anarquía, como lo era Polonia en aquel momento, minado por la lucha entre las facciones políticas e invadido por un ejército enemigo. «*Oh never!*», exclamaba sir Horace Rumbold. Parecía tan entristecido y escandalizado por aquella calumnia sobre la posibilidad de una revolución en Inglaterra como lo había estado la reina Victoria cuando lord Melbourne le reveló que podían hacerse cambios en las carteras de un gobierno.

No hará falta entretenerse mucho con la situación en que se encontraba Polonia el verano de 1920 para demostrar que las circunstancias favorables a un golpe de Estado no dependen de las condiciones generales del país y no son necesariamente de índole política o social. Quedará claro que en Polonia, en aquel momento, no faltaban ni los hombres ni las oportunidades: todas las circunstancias que sir Horace Rumbold juzgaba favorables, estaban aparentemente del lado de los catilina-

rios. ¿Por qué motivo, pues, no se produjo ningún intento revolucionario en Varsovia? Incluso Lenin estaba equivocado sobre la situación en Polonia. Es interesante constatar que el actual papa, Pío XI, tenía entonces, y seguramente tiene ahora, ideas más claras y modernas sobre la naturaleza revolucionaria que Lenin. El comportamiento de Pío XI en relación con los catilenarios de Europa puede entenderlo mejor Trotsky, es decir, uno de los principales creadores de las técnicas modernas de golpe de Estado, que Charles Maurras, Daudet o todos los que consideran el problema revolucionario como un problema de índole exclusivamente política y social.